

EL ECO DE LA VERDAD.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION.
 Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.
 Fuera de Barcelona: un año, id. 4 ptas.
 Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.

LA REDACCION Y ADMINISTRACION,
Calle de Fonollá, 24 y 26.
 Se publica los Jueves.

PUNTOS DE SUSCRICION.
 En Lérida, Administracion de
 El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º—
 Madrid: Almagro, 8, entr. derecha
 -Alicante: S. Francisco, 28, dup.º

SUMARIO.

El poder de la oracion.— El conocimiento de sí mismo.— Melancolia y recuerdos.— Atosmos.— Pensamientos.

EL PODER DE LA ORACION.

Es indudable que la oracion es el lazo bendito que une al hombre con su Creador; y las oraciones que las madres elevan por sus hijos, son, sin duda alguna, los himnos benditos que se cantan en la tierra y los ángeles repiten en el cielo.

Cruza hoy los valles del nuevo mundo un artista modelo, un músico inimitable, cuya preciosa vida la debe en gran parte á la oracion ferviente de su madre, pues como dice Allan Kardec:

«Poseemos en nosotros mismos, por medio del pensamiento y de la voluntad, una potencia de accion que se extiende mucho más allá de los límites de nuestra esfera corporal. La oracion hecha para otro es un acto de esa voluntad. Si es ardiente y pura, puede atraer en ayuda de aquel á los Espíritus buenos, á fin de sugerirle buenos pensamientos y darle la fuerza de cuerpo y alma que necesita. Pero tambien en este caso la única valedera es la del corazon, no significando nada la de lábios afuera.»

Y como la oracion de una madre no la pronuncian los lábios, sino la acentúan los latidos del corazon, de aquí que su ruego es la esencia de su amor.

II.

Isabel Megía es muy buena cristiana, es un alma devota y creyente que pone toda su confianza en los doce apóstoles que acompañaron á Cristo, y á su santa proteccion entregó su hijo, el inspirado Augusto, pidiendo diariamente á los apóstoles que guardaran la vida de su hijo.

Augusto, artista sin rival de los trópicos, tenia naturalmente un alma de fuego que alimentaba vehementes pasiones, sin pararse á meditar que no todos los deseos se pueden satisfacer en el mundo. Él sentia, amaba, y se entregaba al delirio sin ocuparse de nada más; así no es extraño que amase á una mujer que ya tenia dueño, y como no hay nada oculto en la tierra, andando el tiempo, el esposo ultrajado se enteró de que Augusto habia olvidado el precepto evangélico: *no codiciarás la mujer de tu prógimo*, y como el olvido parece que es el patrimonio de la humanidad, Ponce olvidó tambien la máxima bendita que nos ordena *devolver bien por mal*, y avaro de su hora, quiso tomar la justicia por su mano, lavando con sangre la ofensa recibida, mas no retando en leal desafio al ladron de su paz doméstica, sino acechándolo, tendiéndole una emboscada, queriendo pagar traicion con traicion.

III.

Una noche le vió salir de su casa, pero iba gente por la calle y no pudo dar el golpe, lo siguió al café y esperó que Augusto saliese de él: al fin salió aquel solo, emprendiendo á buen paso el camino, y al volver una esquina, cuando Ponce tenia ya el brazo levantado para herir á Augusto por la espalda, doce hombres rodearon al artista formando un estrecho círculo.

Ponce abogó un grito de asombro, y escondió su puñal apresuradamente, diciendo para sí: ¿De dónde demonios habrán salido esos hombres que parecen caídos del cielo ó brotados de la tierra?

¿Habrán salido de alguna casa? ¿Serán conspiradores? y siguió andando tras del silencioso grupo que rodeaba á Augusto, y viendo que éste no se quedaba solo, desistió de su fatal empeño por aquella noche, dejándolo aplazado para la siguiente, que le sucedió lo mismo que la primera.

Mucho se alarmó Ponce con tan estraña aventura, y por más que calculaba no podia darse cuenta de quiénes eran aquellos doce hombres que se interponian entre Augusto y él, dándose palabra que á la tercera noche solo ó acompañado le daría muerte.

Con la impaciencia del tigre hambriento esperó la tercera noche y se repitió la misma escena; pero Ponce, ébrio de rabia, quiso arrojarle entre los doce hombres, que por tercera vez se oponian á sus criminales designios; mas una fuerza estraña lo detuvo, y no pudo dar ni un solo paso hasta que Augusto desapareció de su vista seguido de sus misteriosos compañeros.

Ponce sintió miedo, una especie de temor supersticioso se apoderó de él, haciéndole cambiar de plan. Tiró lejos de sí el arma homicida, buscando el medio de aclarar aquel misterio, de dar solucion á tan enigmático problema; y dando vueltas y vueltas en su imaginacion, decidió contarle lo que le pasaba á la madre de Augusto, convencido que la pobre señora ignoraba las locuras de su hijo, y sabiéndolas tal vez podrian conseguir sus consejos apartarle de la tortuosa senda que seguia.

Dicho y hecho; al dia siguiente se presentó en casa de Augusto, á horas que este no estaba y lo recibió Isabel. Al ver Ponce á aquella señora de mirada tranquila, de frente serena, en la que parecia que brillaba un rayo de luz celestial, se sintió conmovido, y comprendió que aquella santa mujer estaria en continuo diálogo con los habitantes del cielo: así es que sin más preámbulos, le dijo: —Señora, ¿quiere V. decirme á qué santo encomienda V. la vida de su hijo Augusto?

—Yo, dijo Isabel, tengo especial devocion por los compañeros de Cristo, por los doce apóstoles, á ellos entregué el porvenir de mi hijo, y no pasa un dia, un solo dia, que no les dirija mis más fervientes oraciones.

—Y no sabe V., señora, cuán bien escuchan sus plegarias los santos pescadores.

—¿Por qué dice V. eso?

—¿Por qué? porque yo señora soy el hombre más desgraciado de la tierra, y su hijo de V. es la causa.

Yo vivia tranquilamente pensando que la compañera de mi vida, jamás profanaria nuestro tálamo nupcial: mas ¡ay! en mal hora, Augusto la miró, olvidó sus deberes, y yo entonces tuve sed de sangre, y cogí un puñal, decidido á matar, olvidando el quinto mandamiento.

Aceché los pasos de Augusto, y cuando lo ví solo, mi brazo armado por el odio iba á caer sobre él, pero doce hombres que salieron no sé de dónde, lo rodearon, y no pude llevar á cabo mi proyecto: no desistí por esto de mi empeño, y otra vez seguí sus pasos, y otra y otra vez los doce hombres lo defendieron con su presencia.

Aquel milagro repetido tres veces, me hizo desistir de mi fatal empresa, y reflexioné que aquí habia algo de providencial.

Medité sobre tan estraño suceso, y dije: ¿á quién mejor que á su madre puedo

contarlo? y ya que el cielo no ha querido dejar en mi frente el anatema del asesino, que Augusto se arrepienta de su criminal proceder.

Ya que me ha quitado la paz de mi hogar, al ménos, señora, evitad si podeis con vuestros consejos que se haga público el escándalo: que en los dramas íntimos de la vida no necesitan los actores buscar auditorio, que ellos solos se bastan para silbarse ó aplaudirse.

—Yo le prometo á V., dijo Isabel llorando amargamente, dejar esta poblacion enseguida y harto siento que mi hijo haya sido la causa de la desgracia de V. yo le suplico que perdone en ambos una locura de la juventud, y acuérdesese de la oracion del padre nuestro; en ella decimos á Dios *que perdone nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*

Ponce se despidió de Isabel, convencido que los doce apóstoles en cuerpo y en alma habian descendido á la tierra, atraidos por las plegarias de aquella madre cristiana que con tanta fé habia pedido su amparo.

¿Se materializaron los doce espíritus?

¿El espíritu protector de Augusto, magnetizó el alma delirante de Ponce y le hizo ver lo que él quiso para salvarle de cometer un homicidio?

Solo sabemos los efectos, ignoramos los detalles de la causa; pero sea del modo que sea, el hecho se verificó, natural y sencillo en el fondo, sobrenatural y milagroso en la forma, para los que creen que el hombre no tiene más familia que la que vive en la tierra, cuando en realidad es mucho más dilatada y mas cariñosa la familia de ultratumba.

IV.

Isabel cumplió su palabra: pocos dias despues dejaron la ciudad ella y Augusto, y aunque este último distaba mucho de ser tan buen creyente como su madre, cuando ésta reconviniéndole tristemente le contó el suceso, él palideció y no pudo ménos de convenir que en todo aquel enredo habia agentes invisibles; y como lo desconocido inspira un respeto si se quiere religioso, Augusto se sintió verdaderamente conmovido ante aquella prueba del amor supremo de su madre, que solo por su inmensa fé atraia sobre su hijo la proteccion celestial, y dominado por el remordimiento y por la gratitud hácia sus protectores invisibles, se alejó de la poblacion, donde sus desaciertos habian dejado indelebre huella en una mujer débil, y un hombre honrado.

Isabel, como es natural, si antes creia en la proteccion divina, con aquella prueba evidente, su fé se aumentó, y su alma cristiana se elevaba en éxtasis sublime convencida que su oracion era la mejor herencia que podia legar á su hijo.

Y tenia razon; porque su benéfica influencia atraia sobre su hijo la atencion de los buenos espíritus, y su continua invocacion era el mejor reclamo, para que en el corazon de Augusto anidaran la fé y el amor.

El buen ejemplo no solo sirve á los espíritus encarnados, sino que influye poderosamente en los espíritus errantes.

¿Cuántas veces hemos oido en los buenos centros espiritistas, comunicaciones de los Espíritus, en sufrimiento que decian: «Hace mucho tiempo que vengo entre vosotros atraido por vuestras buenas obras, y gracias á ellas voy comprendiendo que la virtud nos guia á los mundos de la luz.»

¿Cuántas! ¿cuántas veces hemos oido estas ó parecidas frases, y por ellas comprendemos que el bien siempre producirá el bien!

No creemos necesario el misticismo para rogar á Dios, pero como todas las almas no tienen el mismo temple, no estrañamos que algunos seres forjen ídolos para adorarlos.

Ocúpense en buenas obras, amen á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como parte integrante de sí mismo; y rueguen á Mahoma, ó pidan á Cristo, la cuestion es que empleen bien el tiempo, que por todos los caminos se progresa; si el fanatismo no nos conduce á la imbecilidad ni el lucro nos convierte en devotos comercian-

tes, que pidamos á los santos que tal negocio ó tal empresa nos salga, como le oímos decir á un rico negociante hablando de sus asuntos comerciales con un amigo que le preguntaba:

—¡Hombre! ¿cómo no tomaste tal subasta? Parecía un buen negocio.

—¡Quiá! ¡quiá! tengo yo muy buena consejera, siempre que voy á emprender algún negocio le digo á la virgen:

¡Madre mia! si tal cosa no me conviene ponme algún obstáculo para que no la lleve á cabo. Esto hice con la subasta que me indicas, la dejé pasar porque ví que la virgen me habia puesto inconveniente.

Estas sacrílegas oraciones deberán caer como plomo derretido sobre esos espíritus usureros cuando dejan su envoltura material.

Decia un ministro del altar que en estos tiempos calamitosos, la gente no se ocupaba del negocio del alma, sino del alma del negocio.

Lenguaje es este mas propio de un contratista que de un siervo de Dios, pero no se puede negar que estas frases dicen más que muchos libros en folio: y con ellas terminaremos nuestro relato diciendo que si prefiriéramos arreglar el negocio del alma, aunque descuidáramos el alma del negocio, quizá, y sin quizá, nuestra existencia nos fuera más útil, concentrándonos no en una oracion estéril de pura forma y de fondo cenagoso, sino entregándonos á una práctica continua de la más expansiva ternura, del cariño mas tierno, visitando al enfermo, guiando al huérfano, aconsejando al afligido. Hay tantos modos de hacer oracion! que si quisiéramos, nuestra vida seria la plegaria bendita que nos regeneraria por completo, porque como dice muy bien Allan Kardec:

«Las buenas acciones son la mejor oración; porque mas valen los actos que las palabras.»

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

EL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO.

Dijo el sábio Tales: «Lo más difícil que hay es conocerse á sí mismo; lo más fácil aconsejar á otros.» Y en verdad que tenia razon el gran Filósofo; puesto que si empezáramos por estudiarnos á nosotros mismos y fuéramos corrigiendo nuestras faltas una á una, seríamos modelos de perfeccion, propietarios de virtudes, grandes eruditos, sábios profesores y mas buenos consejeros; pero desgraciadamente el hombre, de todo se ocupa, menos de aquello que le es mas preciso; pues como dice el gran Aristóteles: «La filosofía nos enseña á hacer voluntariamente lo que los otros hacen obligado á ello.»

Es muy cierto. La humanidad egoista por naturaleza, suele aplicarse la filosofía á su placer, y casi nunca á lo que mas le conviene; puesto que si filosofáramos prudentemente, aprenderíamos á conocernos á nosotros mismos, y no daríamos lugar á que los demás nos conocieran y tildaran á cada instante, de faltas que corregimos á los otros.

En el vasto campo de la ciencia, encuentra el hombre mil distintas ideas del conocimiento de las cosas, las cuales, unas le conducen al error, otras le envuelven en un mar de dudas, y las mas le muestran la verdadera luz, poniéndole de manifiesto el extravío de su razon.

De estos errores, dudas y luz, nace la filosofía, que es la antorcha de la ciencia; y que, filtrándose cual rápido metéoro en la inteligencia humana, hace desaparecer las dudas que surgieren, siempre y cuando el claro instinto del hombre, se incline á esa filosofía profunda, justa y prudente, que lleva en sí la íntima convicción de las cosas; y nó la filosofía vana y trivial, que se basa en lo imaginario.

Una mitad de la humanidad se queja y lamenta de lo pésimo que obra la

otra, ó mejor dicho, todos tenemos el talento de conocer las faltas del vecino, y gozamos de completa ignorancia, para comprender las muchas que cada una de por sí tiene; por lo tanto, esta conducta deja mucho que desear; puesto que tenemos el preciso deber de hacer un minucioso exámen de nuestra personalidad, para ir corrigiendo los defectos de que tan plagados nos hallamos, así como corregimos cualquier trabajo cuando tenemos que presentarlo á personas de mas alta categoría que nosotros; en esos trabajos, ponemos un especial cuidado, á fin de que aparezca con todo el arte posible, y nos lo elogien de tal modo, que llegue á merecer un premio.

Pues bien, el espíritu es la obra mas perfecta de Dios, y al venir á encarnar á la tierra, Dios le concede una envoltura vírgen, que son los años de la infancia; al espíritu, pues, toca el conservar en toda su existencia, la primitiva pureza de aquella, para que al dejar la tierra y volar en pos de la felicidad eterna, pueda esclamar: ¡Señor, aquí me teneis, puro me creaste, mas con mi indiscrecion, me llené de manchas en otras existencias; pero en esta, conocí vuestra inmensa bondad, y á fuerza de trabajo, he ido borrando aquellas faltas para hecerme acreedor á vuestra infinita misericordia; y hoy, puedo deciros con gozo, que mi conciencia, está tranquila, por no haber hecho derramar una lágrima de dolor á ninguno de mis semejantes, y que solo se han abierto sus lábios, para bendecirme por los consuelos que les he prodigado, y cuyas bendiciones han sido el bálsamo benéfico que me ha cicatrizado las heridas causadas por las flechas de la envidia y el egoismo; esto, Señor, lo he conseguido empezando por estudiarme á mí mismo! Entónces la voz de Dios llegando á nuestro oido, nos dirá: Como bueno cumpliste con tu deber; pues amaste á tu enemigo, compadeciste al desgraciado, consolaste al alligido, no calumniaste al inocente, diste buenos consejos al criminal, y jamás te se oyó murmurar en las aflicciones de la vida; y porque bien hiciste, bien te recompenso; ve á reunirte con los espíritus puros y descansa de las fatigas de tu penoso viaje por la tierra.

¡Ah que inmensa dicha para el espíritu que pueda escuchar estas sublimes palabras!

Mas nosotros estamos muy léjos de esto: la atmósfera de la vanidad nos envuelve de tal modo, que si hacemos una obra buena, nos falta tiempo para divulgarla; otros mas hipócritas queriendo aparecer humildes sin serlo, procuran con disimulo que se sepa lo antes posible, quién ha sido el autor de aquella buena accion; y tanto y tanto cacareamos lo poco bueno que hacemos, que con nuestra ignorancia lo despojamos de la parte bella, y lo cubrimos de lodo repugnante; pues somos profesores del vicio y alumnos de la virtud.

Todo buen maestro debe saber con perfeccion lo que enseña á sus discípulos, porque de lo contrario, se espone á que le digan que no sabe lo que hace; pero nosotros, identificados con el orgullo y la vanidad, nos labramos la desventura, y en vez de ir hácia el progreso, caminamos con pasmosa rapidez al retroceso.

¡Oh crasa ignorancia del hombre; tú eres la cadena que tantos siglos há, sujetas á la humanidad; tú la rémora del progreso, la base de la esclavitud, la enemiga de la ciencia, el volcan de las pasiones, la clave de todos los males, la ruina de la sociedad, y un insondable abismo de errores, donde las tinieblas, la soledad, la tristeza y las dudas tienen fija su morada!

Mas ¿qué importa que en tu reducido círculo se revuelvan un puñado de seres y agiten la tea de la discordia? ¿Qué importa si ante la luminosa estela del progreso, las tinieblas del error huyen con la velocidad del relámpago? ¿Qué es el oscurantismo ante la bellísima aurora del Espiritismo? Un castillo derruido, una lámpara que agoniza, un atleta que vacila, un cobarde que huye, un criminal que se esconde y un enemigo vencido y arrollado por la invulnerable falange de la verdad.

¡Verdad! Frase sublime que escrita estás en el precioso libro de la Creacion, ¡yo te venero! porque eres la voz de Dios, la síntesis del progreso y la base del Espiritismo; tú y solamente tú eres y serás la antorcha que alumbrará á la humani-

dad presente y futura, porque tu luz penetrando en las inteligencias humanas, descarrará el velo de la ignorancia y hará comprender al hombre el estado de sí mismo; entónces, estudiándose á sí y corrigiendo sus defectos, podrá progresar y enseñar á los demás, lo que él verdaderamente practicará.

Así pues, seamos humildes sin hacer alarde alguno, y miremos sin cesar al espejo de nuestra alma; pues no hay nada mas provechoso que conocerse á sí mismo.

CÁNDIDA SANZ.

Barcelona.

MELANCOLÍA Y RECUERDOS.

Mi vida es un erial;
Flor que toco se deshoja;
Que en mi destino fatal
Alguien va sembrando el mal
Para que yo lo recoja.

G. A. BECQUER.

Esto dice Becquer y esto decimos nosotros, ó mejor, esto decíamos antes de ser espiritistas: aceptábamos el fatalismo, la predestinacion, el anatema, todo menos creer que éramos los autores de nuestro infortunio. Hoy somos espiritas, y nos hemos convencido de que solo tenemos un enemigo formidable, *nuestra ayer*.

¡Ay! dice el poeta: Alguien va sembrando el mal para que yo lo recoja. Efectivamente; nosotros sómos ese alguien, que ayer sembramos lo que recogemos hoy.

Hay momentos que miramos frente á frente á nuestro espíritu y le reconvenimos con aspereza; nos subleva nuestra pequeñez, y despues del combate nos queda una melancolía indefinible. Todos los demás nos parecen mejores que nosotros, porque á todos los creemos mas felices.

No tenemos derecho para envidiarlos; pero sí para reprocharnos. ¡Triste es vivir! ¡Y vivir eternamente!.... ¡Sabe Dios cuántos siglos habremos vivido!.... y, por Dios, que bien poco hemos adelantado en la práctica de las virtudes. En teoría ya es otra cosa; se conoce que somos muy viejos, que hemos visto mucho y mejor que lo de aquí; porque cuanto nos rodea nos parece tan pobre de sentimiento y tan escaso de amor, que nos hastía; y no calma nuestra ardiente sed el agua estancada de la tierra.

¡Ah! nó; únicamente cuando vemos una escena edificante de amor, sonrie nuestra alma; pero esas escenas conmovedoras escasean tanto, que rara vez podemos sonreir.

¡Hay tanta prosa en este mundo!.... Y no hay mas remedio; tenemos que permanecer aquí, y que volver.... sabe Dios cuantas veces. Que volvamos al menos en mejores condiciones, para que sea mas llevadera la vida. Sin la soledad del alma la tierra seria un paraiso, y eso que nuestras condiciones materiales nos hacen gastar mucho tiempo en tareas fastidiosas. Por algo dice el refran «llórame solo y no me llores pobre». Si encuentra el espíritu un compañero fiel; ya se cree mas fuerte; pero eso es tan difícil de encontrar en la tierra! Porque muchos de los hombres y mujeres que se casan, sin embargo de cumplir en su estado con las leyes de la naturaleza y de no llevarse mal ni tener grandes quejas el uno del otro, están muy léjos de amarse y ser felices. No es raro oir al hombre espresarse en estos términos: ¡gracias á Dios que voy sin mi mujer!... Algunas veces hemos oido estas frases, que nos han herido sin ir dirigidas á nosotros.

Recordamos á un gran poeta, que se casó con la mujer que él creia amar. A poco de casado se encontraba triste, y su jóven esposa le decia:

—¿No eres feliz?

Sí, pero nuestro hogar está desierto; no tenemos hijos....
Un espíritu vino mas tarde á pedirle amor; él lo recibió con ternura; pero al poco tiempo se sintió abatido; y le decia su esposa:

—¿Qué tienes? Me amabas, y soy tuya; quisiste hijos, y ya un ángel te sonrie....; qué quieres más?

—Morir, contestó el poeta con desaliento; y un año despues se cumplia su deseo.

¿No es verdad que esto es triste, muy triste; ver que la mayor parte de los hombres se toleran unos á otros, y nada más: que las familias se dividen, y se crean odios por un puñado de oro más ó menos? ¡Parece mentira! Algo hemos viajado, mucho hemos observado, y únicamente en dos familias hemos encontrado el amor, la abnegacion, el sacrificio mútuo de los hijos por los padres de los padres, por los hijos de las hermanas por los hermanos, y ¡cuán hermoso es el amor! ¡cuánta sublimidad encierra! ¡cómo convierte al pecador mas endurecido! Siempre recordaremos lo que nos contó un amigo nuestro, miembro de una de las dos familias que hemos citado como modelos de ternura. Esta á que nos referimos se componia de cinco individuos, madre y cuatro hijos, dos hembras y dos varones. Uno de los últimos, que era el mas pequeño de todos, se aficionó al juego. Como todo se sabe, lo supo su familia menos la madre, á la cual se lo ocultaron cuidadosamente para evitarle á la noble anciana un disgusto. Nada tampoco le dijeron á él que pudiera herirle; únicamente trataban de retenerle todo el tiempo que podian á su lado.

Una noche fatal perdió Julio mil duros, jugando sobre su palabra, y las deudas de juego sabido es que hay que pagarlas al tercer dia. Julio en aquel apuro no titubeó en empeñar cuantas alhajas y ropas tenia, y ¡cuál no fué su asombro cuando al llegar á la casa de préstamos vió al subir la escalera que sus hermanas y su hermano le salian al encuentro, diciéndole con el mayor cariño: «No tienes que subir; han dado sobre nuestras joyas todo el dinero que necesitas. Tranquilizate y cuidado que la madre se entere de nada.» Julio, al ver tanta generosidad, no sabia como demostrar su gratitud. No adivinaba como se habian enterado de todo, sin que una reconvencion, sin que una queja brotase de sus labios.

La familia quedó muy atrasada. Desde entonces Julio no volvió á jugar. La mitad de las joyas de sus hermanas no se pudieron desempeñar; pero aquellos dos ángeles siempre tenian una sonrisa para su hermano, siempre la misma ternura y la misma predileccion.

¡Qué pocos séres hay en la tierra así!.... En cambio, á una mujer, que oye misa diariamente, que no tiene mas que una hija y disfruta de una pingüe renta, le oimos lo siguiente viendo que su hija estaba algo delicada y queria salir á paseo:

—Nó, nó, no quiero que salgas; no quiero que te pongas enferma; que en una enfermedad se va el dinero como agua.

—Segun eso—dijo la niña sonriendo irónicamente,—sientes más lo que gastas que mi sufrimiento.

—Hija todo se siente.

Involuntariamente nos acordamos de Julio y de sus hermanas, y murmuramos con melancolia: ¿Por qué todas las familias no son como aquella? Bien que entonces la tierra no seria un planeta de expiacion. A los presidios van muy pocos inocentes; por esto los que estamos aquí somos tan ingratos, tan duros unos con otros, que da fatiga verdaderamente intimar con esta humanidad.

¿De dónde venimos, que parece que recordamos otro mundo mejor, más dulce en sus afectos, más suave en sus costumbres, más leal en su proceder, más grande en sus inspiraciones, más sublime en su religion?

¿Cómo volveremos á esa tierra prometida? ¿Cómo nos desprenderemos de este vestido viejo desgarrado y arapiento?

¿Por qué camino iremos para progresar con mas rapidez?

Creemos que no tenemos mas que uno: la resignacion sin la apatia; la esperanza y la fé en nuestro trabajo.

La aspiracion suprema de un mas allá, sin el vértigo del delirio.

Esperar en el porvenir y pagar deudas en el presente; y cuando la melancolía nos abrume, cuando nuestra mente se envuelva en un negro crespon, recordemos á los pobres enfermos que gimen en los hospitales, y á los hombres desgraciados extraviados en la senda del crimen; que se embrutecen en una prision; y entonces, al vernos libres pasar desapercibidos por el mundo, sin que nadie nos señale con el dedo, demos gracias á Dios por haber saldado tan terribles cuentas.

¡Oh! sí; huya la melancolía de nosotros: hemos visto la luz, y podemos progresar aún en este planeta.

Nuestro es el porvenir, nuestra es la vida. ¡Bendito sea el Espiritismo!

¡El ha convertido la tumba en un átomo del infinito!

Adios melancolía; tus nieblas se han disipado en nuestra mente al benéfico influjo de la esperanza, de la fé y de la razon.

¡El sol es el alma de la tierra!

¡El progreso es el alma del hombre!

¡El espiritismo es el alma del adelanto!

¡Bendita! ¡bendita sea el alma de la fraternidad universal!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

ÁTOMOS.

Yo no tiemblo ante el fragor
de la tempestad bravía;
sé luchar con el dolor,
pero ante la *hipocresía*
sí que tiemblo de pavor.

Eterno es mi movimiento
todo de mi sigue en pos;
yo soy la imágen del viento;
yo soy la esencia de Dios
—¿Quién eres?—El *pensamiento*.

Soy la esencia de la flor;
soy el alma de la fé;
soy el gérmen del Creador;
mi aliento la vida fué.
—¿Quién eres?—Soy... el *amor!*

Soy la humana tentacion;
soy el odio y la perfidia;
gérmen soy de perdicion;
por mí nace lo ambicion;
—¿Pues quién eres?—Soy la *envidia!*

Soy un algo indefinible;
como Dios, los mundos creo;
yo realizo el imposible;
mi sed es inextinguible.
—¿Quién eres?—Soy el *deseo*.

Si la humana inteligencia
sigue del progreso en pós,
es debido á mi influencia;
pues tengo poder de Dios.
—¿Quién eres?—Yo soy la *ciencia*.

Soy la eterna religion,
antorcha de la verdad,
soy la regeneracion
y puerto de salvacion.
—¿Quién eres?—la *caridad*.

Soy la sonrisa del mundo,
soy el iris de bonanza;
de vida gérmen fecundo,
y un misterio el mas profundo.
—¿Quién eres?—Soy la *esperanza*.

Soy de la vida el arcano;
el plebeyo y el señor
sufren mi poder tirano;
¡soy del mundo el soberano...!
—¿Quién eres?—Soy el *dolor*.

Soy algo que siempre avanza;
la infeliz humanidad
me ve siempre en lontananza:
—¿Quién eres que no te alcanza?
—Yo soy la *felicidad*.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

PENSAMIENTOS.

En donde quiera que se halle un hombre, puede hacerse un beneficio.—*Séneca*.
El silencio es el santuario de la prudencia.—*E. M. de los Heros*.